



El abandono de la razón: la descolonización de los discursos sobre la infancia y la familia¹

Claudia Fonseca²

Introducción. Nota de las traductoras

En la actualidad nos encontramos recibiendo invitaciones a participar en diversas mesas, libros, grupos de trabajo y seminarios que buscan observar a las infancias desde un enfoque poscolonial y/o decolonial. Con mayor o menor influencia de las olas de los feminismos, estas iniciativas buscan superar los binarismos propios de las estructuras del pensamiento occidental y buscar nuevas herramientas para pensar las complejidades de nuestras dinámicas y profundamente desiguales sociedades latinoamericanas. Es en este marco de discusiones que nos interesa recuperar uno de los textos más provocadores de Claudia Fonseca: “El abandono de la Razón: La descolonización de los discursos sobre la infancia y la familia”. Escrito en 1999, en el marco de un seminario de Psicoanálisis y Colonización, cuando las palabras “poscolonial” e “interseccionalidad” eran poco pronunciadas y el concepto “deconstrucción” se escuchaba en pequeñísimos círculos intelectuales, el texto aporta una serie de herramientas teóricas fundamentales para quienes investigamos las formas y significados que adquieren las familias y las infancias en el contexto latinoamericano. Fonseca propone una *descolonización del pensamiento científico*, discutiendo los conceptos con que clasificamos y explicamos a las familias, no sólo aquéllos que provienen del continente europeo, sino también otros que se han sido elaborados por sociólogos latinoamericanos. En su minuciosa reflexión en torno a las genealogías de conceptos con que los problemas sociales latinoamericanos son explicados en la esfera pública, revisa los contextos de producción de cada concepto y las estadísticas sociales sobre la infancia pobre en el contexto brasileño. Así, logra desarmar las ficciones que sostienen las explicaciones mediáticas, dejando al descubierto los prejuicios de clase que guían las imágenes en torno a las infancias “abandonadas” ¿Quién abandona a la niñez? ¿Las familias o la razón? ¿De qué hablamos entonces cuando hablamos de razón? ¿Quiénes son los niños y las niñas que integran la categoría de “infancia abandonada”? ¿Cómo fue el proceso de construcción de la infancia “normal” en países con una historia signada por la esclavitud? Fonseca elabora una diversidad de preguntas antropológicas, que permiten comprender la necesidad de incluir la dimensión de clase social, al mismo tiempo que la de género y etnia, para estudiar las formas que adquieren las infancias y las familias en los contextos latinoamericanos.

Quienes investigamos sobre infancias en el contexto latinoamericano y compartimos además espacios de formación y docencia, encontramos en este texto un material imprescindible para comprender los modos en que se elaboran y naturalizan determinadas explicaciones sobre la desigualdad y la exclusión social. Es además un texto que articula los efectos de la historia colonial latinoamericana con el proceso de formación de desigualdades de clase y género, permitiendo visualizar los modos en que los valores de clase se entranan en las explicaciones sobre cuidado infantil. Se trata de un texto que no ha perdido vigencia y que permite exorcizar los fantasmas que se proyectan en nombre de la niñez tanto en Latinoamérica como en el resto de sociedades occidentales.

Consideramos entonces que la publicación de este clásico de Claudia Fonseca en lengua española en la revista “Sociedades e Infancias”, aportará a la difusión de conocimientos científicos y discusiones teóricas sobre infancias y adolescencias en el ámbito iberoamericano. Esto será de suma utilidad para investigadores/as orientados en los *nuevos estudios de infancia*, así como otro/as interesado/as en los debates teóricos que articulan el estudio del parentesco y las familias en relación a las dimensiones de clase, género y etnia.

Se presentará en primer lugar la traducción en español del texto, a continuación el artículo original en portugués y por último la bibliografía correspondiente.

¹ Publicado en portugués bajo el título “O abandono da razão: a descolonização dos discursos sobre a infância e a família” en *Psicanálise e colonização: leituras do sintoma social no Brasil* (Edson André Luiz de Souza, org.). Porto Alegre: Artes Médicas, 1999. Traducido al español por Pía Leavy y Andrea Szulc.

² UFRGS

Texto del artículo en español

El tema de esta mesa se situó como “La infancia en Brasil: razones del abandono”, dentro de un seminario que propone como tema de reflexión: *Psicoanálisis y colonización: lecturas del síntoma social en Brasil*. Queriendo situar mi mirada, antropológica, en relación con otras, propuse un título provocador: “El abandono de la razón: la descolonización de los discursos sobre la infancia y la familia”. Pues me parece que si queremos avanzar en nuestras discusiones, es imprescindible crear instrumentos de análisis “reflexivos”, es decir, que nos permitan examinar los valores de clase de los investigadores que han guiado los términos habituales de análisis. Para ser más precisos, sugiero que si seguimos la loable propuesta del seminario, nos veremos obligados a cuestionar la obsesión por el niño victimizado, una imagen que galopa por las páginas de nuestros periódicos con cada nuevo bebé encontrado “en la basura”, y que aparece insistentemente en los debates sobre las políticas públicas que se ocupan de las familias pobres.

Recientemente, los investigadores del ámbito sociológico han dedicado mucha atención a la forma en que uno u otro tipo de comportamiento acaba siendo elegido, por la opinión pública, como “problema social”³. Tratan de entender los procesos que definen los temas protagónicos - las “causas” que, en una coyuntura determinada, mueven al público, recaudan fondos y movilizan frentes de acción. ¿Por qué, por ejemplo, hay 500 ONG sólo en Río de Janeiro, centradas en los niños pobres, cuando otras causas (como el saneamiento básico, el estado de las cárceles o incluso el reciclaje de la basura) parecen incapaces de motivar a más de media docena de asociaciones?⁴ Esta línea de investigación no niega la importancia de los temas destacados; sólo sugiere que no existe una relación directa entre la gravedad del problema y la magnitud de la atención (volumen e intensidad emocional) dirigida a él. Lo que aparece -en la opinión pública- como “más urgente” no depende tanto de la “realidad” como de las prioridades de los medios de comunicación, el oportunismo político y las sensibilidades de clase.

Les pido que tengan presente esta idea mientras continuamos nuestro debate sobre la “infancia abandonada” porque, antes de describir casos espeluznantes para ilustrar la noción (lo que sería sin duda una contribución poco original al debate), o incluso de sugerir soluciones para remediar tales problemas (ojalá pudiera hacerlo), pretendo mostrar cómo, en muchos casos, la preocupación por esta cuestión está implícitamente enredada en un conjunto de valores contradictorios que sirven tanto para reforzar el *statu quo* como para abogar por un cambio real. Me propongo aquí auscultar algunas premisas que subyacen en gran parte de las discusiones para exorcizar fantasmas y aclarar ciertos elementos del debate.

I. ¿Cuál es el formato de la “familia estructurada”?

Quizá debamos empezar por la noción de “familia”, ya que una de las premisas implícitas en el sentido común parece ser: si hay niños abandonados, quien los abandonó fue “la familia”. Ya se ha demostrado ampliamente que un buen número de los “niños de la calle” (que aparecen en lo alto de la lista de candidatos a la categoría de “abandonados”) mantienen al menos un contacto esporádico con sus familiares⁵. La familia, por tanto, existe, pero ¡qué familia! Las viviendas deplorables, la proliferación insistente, las separaciones y segundas nupcias, el empleo irregular... todo confluye para confirmar la imagen de la familia “desestructurada” como causa evidente del “abandono”...

Sin embargo, la falacia de este razonamiento sale a la luz con un mínimo de investigación. Por ejemplo, respecto a la primera objeción que aparece en cualquier debate sobre las familias pobres: ¡que “esa gente” nunca deja de tener hijos! - podemos recordar el siguiente detalle. En Brasil, la tasa de fecundidad ha descendido drásticamente en los últimos años. En 1996, la media de hijos por mujer era de unos 2,7, cercana a la media sueca (2,2 hijos por mujer). Incluso en el Nordeste (la zona más pobre y prolífica de Brasil) la media de hijos por mujer se redujo de 7,5 en 1971 a 3,7 en 1991, es decir, más del 50% en veinte años. *A pesar de ello, el número de niños “abandonados” y dados en adopción aumenta cada año*. Vemos, por tanto, que los “pobres” se han mostrado receptivos a las campañas de control de la natalidad llevadas a cabo por numerosas organizaciones en las últimas décadas, sin que ello haya repercutido demasiado en su situación socioeconómica⁶.

En cuanto a la “desorganización” debida al divorcio y a las segundas nupcias, hay que recordar que hoy en día en Francia cerca del 40% de los niños nacen de padres que no están legalmente casados, y casi un tercio de los matrimonios legales están condenados a terminar en divorcio⁷. Si la “familia rota” fuera la causa de todos los males, ciertamente tendríamos razones para esperar hordas de niños “abandonados” también en Francia... lo que simplemente no es el caso.

De hecho, si hay algo que está “científicamente” establecido es la enorme variedad de formas familiares⁸ que se han encontrado en diferentes contextos. Entonces surge la pregunta: ¿de qué “estructura” estamos hablando cuando hablamos tan a la ligera de la familia “desestructurada”? ¿Cuál sería? En consonancia con la propuesta de este semi-

³ Ver, por ejemplo, Best 1990.

⁴ Ver Valladares e Impelizeri 1992 sobre ONG's en Río de Janeiro y Fernandes 1994.

⁵ Ver los diversos trabajos en Fausto y Cervini 1991, Lecznieski 1992, Craidy 1996.

⁶ Para una excelente discusión sobre este tema, ver Alves de Souza 1996.

⁷ Zonabend e Segalen 1986.

⁸ La “forma familiar” incluye una organización entre los miembros de la red de parentesco (definida por lazos de cosanguinidad, afinidad, adopción y/o parentesco espiritual) así como de la unidad doméstica.

nario, proponiendo contribuir a la *descolonización del pensamiento científico*, sugiero que los modelos de familia con los que solemos trabajar, importados -en general- de otros contextos, no siempre ayudan a comprender la realidad en la que vivimos. Para ilustrar este argumento, examinemos brevemente tres nociones que parecen dominar gran parte del discurso sobre la familia brasileña: la familia nuclear, la familia patriarcal y la “crisis familiar”.

La familia nuclear, habitualmente asociada a la unidad doméstica compuesta por el padre, la madre y todos los hijos nacidos de la pareja, existe -como nos recuerda Lévy-Strauss⁹- desde tiempos inmemoriales. Sin embargo, las sensibilidades particulares que, hoy en día, vinculamos a esta configuración sólo se han desarrollado -y, aún así, sólo en ciertos contextos- desde el Renacimiento. Fue después de la Segunda Guerra Mundial cuando este modelo de familia fue sacralizado por el pensamiento científico a partir de teorías especialmente claras y cautivadoras formuladas por Talcott Parsons para analizar la vida familiar en las clases medias de Estados Unidos. La banalización de este análisis llevó a dos generaciones a creer que *esa* familia nuclear no sólo era la más “natural”, sino también la única forma saludable de organización familiar y que las desviaciones del ideal implicarían graves riesgos para la salud mental de los jóvenes¹⁰.

Recordando que todo discurso científico es, de una manera u otra, un reflejo de su tiempo, Martine Segalen, socióloga francesa, describe las circunstancias que dieron lugar al modelo parsoniano: “Esta visión de una familia nuclear desvinculada de los demás miembros de su parentela es inseparable de los contextos políticos de la época en que se sitúa este modelo: el de las economías de posguerra en rápida expansión(...). Así como el amor parecía triunfar en la unión conyugal, y la libertad individual estallaba tras la derrota del fascismo, de la misma manera la familia fue vista como limitada a una esfera estrecha, privada de sus antiguas funciones por las nuevas políticas sociales promovidas por el estado de bienestar”(1986:659).

Tres décadas después, los investigadores europeos empiezan a deshacerse de la camisa de fuerza del modelo nuclear para redescubrir otras dinámicas que interactúan con el núcleo conyugal (e incluso lo sustituyen). En la actualidad se está renovando el interés por las redes de parentesco, así como el reconocimiento de “nuevas” dinámicas estructurales que se manifiestan en los vínculos creados por los nuevos matrimonios (entre padrastro e hijastro, por ejemplo), por la maternidad asistida y por la adopción¹¹. Para nosotros, surge la pregunta: si el modelo conyugal ya parece limitado para el estudio de las familias francesas, ¿no sería aún más problemática la centralidad de este modelo en el estudio de las familias brasileñas?

Aquí, en Brasil, tuvimos el genio de Gilberto Freyre para recordarnos que puede haber formas familiares específicas de Brasil. En una serie de obras inolvidables, escritas en los años treinta y cuarenta, pintó con colores vivos la familia patriarcal de las plantaciones de caña de azúcar de Pernambuco durante la época colonial. En la renovación del espíritu nacionalista, Freyre, como otros intelectuales de su época, quiso afirmar -frente al imperialismo cultural europeo y norteamericano- la particularidad de la cultura brasileña. Pero al hacerlo, cedió a una especie de “colonialismo interno”, pues dejó implícito que todo el país podía entenderse a través del modelo del nordeste. En un razonamiento tautológico, los investigadores que siguen esta línea sugieren que, en Brasil, el comportamiento de la familia sólo tiene sentido cuando se inserta en la dinámica de la casa grande (así, se habla de “familias semi-anti y parapatriarcales”) Y aquello que no entra en el modelo es descrito como “una masa anónima de socialmente desterrados”.¹² En otras palabras, al presentar una imagen “vista desde arriba” de la realidad brasileña, contribuyen poco a comprender las lógicas alternativas de las capas subalternas. Ya en 1982, Mariza Correa, en su repertorio de la variedad de formas de familia en Brasil, cuestiona la hegemonía del modelo patriarcal en el pensamiento científico: “El concepto de “familia patriarcal”, tal como se ha utilizado hasta ahora, aplanan las diferencias, comprimiéndolas hasta que todas encajen en el mismo molde ...” (1982: 27). En la actualidad, con una o dos excepciones (véase Da Matta 1985), la relevancia sociológica de este modelo se considera restringida al análisis de los estratos superiores de la sociedad, especialmente de los del Norte y Nordeste brasileños.

Hay lectores que protestarán: hoy en día a nadie le importa ya el modelo parsoniano de familia, ni la gran casa freyana. La preocupación más grande para los ciudadanos del mundo globalizado sería la “crisis de la familia” que, en el mundo “posmoderno”, ha sido de tal modo desdibujada que ya no tiene ninguna definición ni función. En este punto me gustaría recordar que buena parte de esta retórica ha sido importada de los filósofos y sociólogos alemanes -los escritos de Adorno y Horkheimer (de los años 50) se encuentran entre los más citados.¹³ Para comprender la particular connotación de “crisis familiar” asociada a este capítulo de la teoría científica alemana, conviene recordar algunos elementos de su historia social.

En un artículo reciente, F. Schultheis (sociólogo alemán) muestra cómo los intelectuales alemanes de la posguerra vivieron una fase de rechazo radical de todo lo relacionado con la tradición fascista¹⁴. La familia “tradicional” - concebida en términos de familia troncal, dominada por la autoridad patriarcal fue condenada como el pilar de la mentalidad autoritaria. La guerra dejó a los jóvenes con un saldo de culpabilidad que sólo podían expiar “matando” a sus padres -y, junto con ellos, la idea de la familia. La rebelión de la nueva generación contra la vieja que había perpetrado la guerra se reflejó tanto en las novelas de la época (véanse los eternos conflictos intergeneracionales), como

⁹ Lévy-Strauss 1956.

¹⁰ Ver, por ejemplo, Parsons 1949 y 1955 e, para críticas a ese modelo Schneider 1992 y Collier et al. 1992.

¹¹ Ver, por ejemplo, Gullestad y Segalen 1995, Collins 1992, Cadoret 1995 y Lallemand 1993, Halvorsen e Prieur 1996, Strathern 1992.

¹² Cândido 1972: 303.

¹³ El texto más citado de esos autores, “Sociología de la familia”, es conocido generalmente a través de la traducción de Canevacci (1981).

¹⁴ Schultheis 1995.

en la casi ausencia del tema “familia” en la literatura sociológica (por cierto, en términos estadísticos, Alemania es el país menos “orientado a la familia” de Europa. Siguiendo las curvas demográficas, se estima que una cuarta parte de los jóvenes, nacidos después de 1955, no tendrán nunca hijos). Podemos imaginar, por tanto, que “la crisis de la familia” de la que hablan los alemanes no es necesariamente extensible a cualquier contexto.

Ciertamente, los grandes pensadores -ya sean alemanes o hindúes- producen ideas que enriquecen nuestros análisis. Pero sólo situando cada modelo en el contexto socio-histórico en el que fue producido podemos trabajar de forma descolonizada con las teorías científicas. De hecho, ni Parsons, ni Freyre ni Adorno pueden ser culpados de imperialismo cultural. Sus modelos teóricos de la familia son abiertamente adecuados a sus respectivas realidades locales. Aquí, en el sur de Brasil, podemos utilizar estos modelos para orientar las hipótesis. Pero las hipótesis son instrumentos que se confirman, así como se niegan y reformulan, o incluso se descartan. Cuando el modelo se vuelve excluyente, presentándose como la única representación legítima de la realidad, pierde su valor científico, y -con él- se pierde también el poder de realizar análisis originales para la comprensión de *nuestra* realidad.

II. Posibles generalizaciones

Pero, después de todo, ¿hay alguna posibilidad de formular generalizaciones sobre la familia brasileña? En medio de todas estas dudas, aún podemos plantear hipótesis sobre dos puntos: lo que nuestras familias (brasileñas) comparten actualmente con otras que forman parte de la modernidad occidental; y lo que tienen de distintivo. En cuanto a las similitudes, podemos comentar la innegable ampliación de la esperanza de vida, que hace que padres e hijos adultos vivan juntos mucho más tiempo que antes. No sólo viven juntos, sino que pueden contar con la ayuda de sus padres durante mucho más tiempo. Esta “co-longevidad”¹⁵ intergeneracional está provocando cambios en la organización práctica, política y afectiva de los grupos domésticos y, por extensión, en la propia dinámica de la familia moderna (la “prolongación de la adolescencia” evidente en las clases acomodadas es sólo un aspecto de este complejo proceso). Otra similitud tiene que ver con los desajustes y los nuevos matrimonios que, aunque ya existían en el pasado, hoy se reconocen y legalizan como nunca antes, institucionalizando nuevas formas de familia que contribuyen a la “normalización” de la relación entre padrastros e hijastros¹⁶.

(Cabe señalar que estas dos tendencias que se manifiestan en los contextos más diversos no crean, sin embargo, una homogeneización de las formas familiares. La investigación demográfica ha demostrado que -al menos en el continente europeo- cada país, si no cada región, tiene una trayectoria diferente en cuanto a la evolución de la familia (Lebras 1995). También existen diferentes patrones según el nivel socioeconómico de la población¹⁷. Sin embargo, en toda esta diversidad persiste la valorización de los vínculos familiares. A pesar de la influencia del Estado del bienestar, que ha despojado a la familia de la mayor parte de sus funciones tradicionales, y de la creciente “desunión conyugal”, que ha modificado el perfil de los miembros de la unidad doméstica, en casi todos los países (con la notable excepción de Alemania ya descrita) el parentesco sigue afirmándose como organizador de la identidad personal, así como de formas de sociabilidad y de actividades de ocio¹⁸).

Si, por un lado, las formas familiares brasileñas están sujetas a muchas de las mismas influencias observadas en cualquier otro contexto “moderno”, por otro lado, hay características que les son propias, empezando por el énfasis dado a los vínculos consanguíneos. Desde Pernambuco hasta Rio Grande do Sul, el almuerzo dominical en casa de los suegros sigue siendo un rito importante, sin olvidar el intercambio diario que existe entre primos, tíos, hermanos, etc. Ya se trate de la familia patriarcal de Gilberto Freyre, de los clanes paraibanos, de las fratrices de las clases medias de Minas Gerais o de los abuelos cariocas cosmopolitas, la importancia de la *sangre* aparece con sorprendente persistencia¹⁹. En los grupos populares, las redes de ayuda mutua y las lealtades duraderas se explican a través del lenguaje de la “sangre”. Incluso en las más “modernas” -las jóvenes parejas naturalistas psicoanalizadas de las clases media y alta de Río- vemos cómo la inevitable interferencia de la familia consanguínea acaba frustrando los proyectos ideales de la “pareja embarazada”²⁰. La escasa movilidad geográfica, junto con la falta de servicios públicos adecuados (guarderías, etc.) llevan a los jóvenes, incluso de las clases acomodadas, a buscar el apoyo de sus respectivas familias de origen. Ciertamente, la familia conyugal es un hecho y un valor presente en prácticamente todos los contextos investigados. Sin embargo, junto a este valor (y compitiendo con él), encontramos, cruzando las diferentes configuraciones familiares en Brasil, otro tan activo como el primero: el de la familia consanguínea.

Sin embargo, es difícil decir mucho sobre las familias brasileñas contemporáneas sin tener en cuenta su posición en el espacio social²¹. Según cierto análisis, podemos encontrar en Brasil (al menos) tres variantes de la familia moderna. La familia conyugal, con su particular configuración de valores, se mantendría principalmente en las clases medias. Las élites tenderían a reelaborar el modelo para privilegiar una *solidaridad de linaje* (el grupo corporativo de

¹⁵ Tomamos el término de Attias-Donfut 1995.

¹⁶ Ver Stacey 1991, Legall y Martin 1995, Ruddick 1992.

¹⁷ Rapp 1992, Collins 1992, Duarte 1994.

¹⁸ Ver Segalen 1995 y Gaunt 1995.

¹⁹ Ver Abreu 1982, Barros 1987, e Lewin 1987.

²⁰ Ver Salem 1989.

²¹ Bourdieu usa “espacio social” para remediar los problemas reificados en el concepto clásico de clase. En este artículo, utilizamos “clase” como sinónimo de la noción de Bourdieu de posición dentro del espacio social (1989, 1990).

las grandes familias), y las capas populares pondrían gran énfasis, además de en la unidad doméstica, en la *parentela* - redes de ayuda mutua²². Lo importante de estas recientes aportaciones es el reconocimiento de que, en una misma sociedad compleja, pueden coexistir varias configuraciones familiares, cada una con su lógica interna. Las diferentes condiciones de vida generan distintas visiones del mundo y, por extensión, sensibilidades familiares particulares. En una sociedad de profundas desigualdades sociales como la brasileña, en la que las condiciones de vida pueden diferir radicalmente de una región a otra, incluso de un barrio a otro, es de suma importancia recordar que lo que “tiene sentido” en un contexto no necesariamente lo tiene en otro.

III. Los diferentes sentimientos de infancia.

En este punto de nuestra reflexión, deberíamos ampliar el proceso de “descolonización” de la “familia” a la “infancia”. El distanciamiento de este último término es especialmente importante porque es una de las nociones más cargadas de nuestro tiempo. Consideremos, por ejemplo, las estadísticas que aparecen sobre los “niños abandonados”, cuyo número se sitúa a veces en 1.500.000, a veces en 30.000.000 (Rosemberg 1993). En una demostración de cómo la fuerte carga emocional ligada a este término puede seguir diferentes cauces, la definición de “abandonado” va más allá del uso legal (en este caso, sería un niño cuyos padres no constan o han sido destituidos de la *patria potestad*) para convertirse simplemente en un sinónimo de “niño pobre”. No sólo se mezclan las definiciones, sino también las causas y las consecuencias, a veces echando la “culpa” al Estado negligente, a veces a los padres irresponsables. Si, por un lado, “el niño” se presta a campañas de valor consensuado como la salud y la educación infantil, no podemos ignorar que aparece, por otro lado, en discursos controvertidos: para subrayar la necesidad de volver a la moral familiar tradicional, por ejemplo, o para justificar la esterilización de las mujeres pobres. En este clima, al hablar de los niños pobres de Brasil, en lugar de insistir tanto en las “razones del abandono” tan frecuentes en los comentarios sobre este tema, probablemente avanzaríamos más en la discusión analítica si habláramos del “abandono de la razón”.

Por lo tanto, antes de hablar de los datos en bruto, es necesario analizar la representación de la infancia que guía nuestra percepción. Con esta intención, buscando dar un paso atrás para poner en perspectiva nuestros propios valores, nos proponemos viajar a “otros lugares” a través de la historia social. Philippe Ariès, en su obra clásica sobre la historia de la infancia, sugiere que en la época premoderna no existía el sentimiento de infancia tal como lo concebimos hoy:

“(Esto) no significa que los niños fueran descuidados, abandonados o despreciados. El sentimiento de la infancia no significa lo mismo que el afecto por los niños; corresponde (más bien) a la conciencia de la particularidad de la infancia, esa particularidad que distingue esencialmente al niño del adulto... Esta conciencia no existía. Por eso, en cuanto el niño era capaz de vivir sin la constante atención de su madre o de su niñera, entraba en la sociedad de los adultos y dejaba de distinguirse de éstos”. (1981:156).

A partir del siglo XIV, vemos aparecer signos de una noción de particularidad infantil: en la pintura (que finalmente aprende que la cabeza del niño es proporcionalmente más grande que la del adulto), en los trajes y en el juego. Detrás de estos cambios, se desarrolla un nuevo sentido de la infancia en el que “el niño, por su ingenuidad, dulzura y gracia, se convirtió en una fuente de distracción y relajación para el adulto” (158).

Si, por un lado, los niños empiezan a ser mimados, por otro, empiezan a suscitar, en ciertos contextos, un sentimiento de irritación. En cualquier caso, está surgiendo la idea de que los niños no son iguales a los adultos, pertenecen a una categoría aparte y, por lo tanto, sólo deben mezclarse con la compañía de los adultos en un número limitado de situaciones.

Un último elemento clave de la noción moderna de infancia surge con los moralistas y educadores del siglo XVII:

El apego a la infancia y a su particularidad ya no se expresaba mediante la distracción y el juego, sino mediante el interés psicológico y la preocupación moral...(1981: 162)

Considerado en la época premoderna como un simple adulto incompetente, el niño se convierte, según la nueva concepción, en un ser en formación que requiere cuidados materiales y afectivos especiales. Surgió un ejército de especialistas para definir mejor las necesidades del niño y asesorar a los padres sobre cómo criarlo. Este siglo XX ha visto la culminación de este sentimiento con la consolidación de las ciencias pedagógicas, psicológicas y pediátricas, todas ellas convergentes hacia una culminación: el niño y el adolescente.

He esbozado estas etapas de la siguiente manera:

²² Ver Duarte 1994 para un mayor detalle de esta perspectiva.

Los Sentimientos de infancia

Época histórica	Actitud que suscita el/la niño/a/x ²³	Representación de el/la niño/a
Hasta el siglo XV	Sin particularidades	Adulto incompetente
XV-XVIII	Mimos	Muñeco
XVII-XX	Tutela, educación	Adulto en formación (etapa de la vida)

Tomado de Phillipe Aries, *Historia Social de la Infancia y la Familia*²⁴.

IV. La retórica actual: “el niño²⁵ absoluto”.

Ahora nos preguntamos: ¿en qué dirección evoluciona la noción de infancia a finales de este siglo? No cabe duda de que se ha producido una ruptura entre la época premoderna y la moderna; sería difícil imaginar el regreso a una época en la que la infancia era tratada como un asunto menor. La gran importancia que los niños ocupan en nuestro imaginario es el fruto de siglos de cambios; la “representación” actual -que acentúa la especificidad de esta fase de la vida- se ha incorporado no sólo a las instituciones sociales (escuela, legislación, etc.) sino a las propias categorías del lenguaje y del pensamiento. Con la modernidad, ciertas “creencias” se han vuelto, para nosotros, irrelativizables - entre ellas, la de las etapas de la vida que dictan atenciones especiales para las crías de nuestra especie. No me excluyo de ese mundo moderno. No es mi intención estar en desacuerdo con lo que constituye hoy el núcleo de ese valor - el mínimo de sentido común. Sin embargo, me parece que mucho de lo que vemos hoy en día elude ese “mínimo”. Al ser el objetivo de nuestras energías pasionales, la noción de niño se convierte en un lugar de proyección de los fantasmas adultos.

Así, vemos implícitas en muchos discursos sobre la infancia las siguientes dicotomías:

Infancia	Vida adulta
Libertad	Disciplina
Placer	Responsabilidad
Juego	Trabajo

Debería ser evidente el carácter “artificial” de las dicotomías que colocan los términos como mutuamente excluyentes: como si no fuera posible tener placer en la responsabilidad, o libertad disciplinada. Pero para no extendernos demasiado, hemos escogido aquí sólo un tema para debatir: el último binomio (juego X trabajo) que ha atraído mucha atención en los últimos años, especialmente en Brasil, donde el “derecho al juego” es -PARA LOS NIÑOS- requerido por ley.

Si volvemos una vez más a Ariès, veremos que hasta cierto momento de nuestra historia, el juego y la diversión no eran un privilegio de los niños. Los bailes y las canciones, los cuentos, las marionetas (y los objetos en miniatura en general) se mezclaban con los juegos de azar y las hazañas físicas como entretenimiento compartido por niños y adultos. A partir del siglo XVII, asistimos al abandono de estos juegos por parte de los adultos de las clases sociales altas y, al mismo tiempo, a su supervivencia entre el pueblo y los niños de esas clases dominantes. A su vez, se produjo una nueva bifurcación entre los juegos “del pueblo” y los juegos recomendados (léase “educativos”) para los hijos de la élite:

“(…)bajo las influencias sucesivas de los pedagogos humanistas, de los médicos de la Ilustración y de los primeros nacionalistas, pasamos de los juegos violentos y sospechosos de la tradición antigua a la gimnasia y al entrenamiento militar, de las peleas populares a los clubes gimnásticos”. (1981:114)

“Es notable que la antigua comunidad de juegos se rompiera al mismo tiempo entre niños y adultos y entre el pueblo y la burguesía. Esta coincidencia nos permite vislumbrar una relación entre el sentimiento de la infancia y el sentimiento de la clase”. (1981: 124)

La perspectiva histórica nos recuerda que el juego no es “naturalmente” (o por cualquier necesidad psicológica o física) un privilegio de los niños. En cuanto a la noción de trabajo: mientras que por un lado nos enteramos de los innegables horrores del trabajo infantil que condenó a siglos de niños a una muerte prematura, por otro lado también

²³ N. de T.: en el artículo original dice *criança*, que alude a quienes transitan la niñez sin asignar un género determinado.

²⁴ N. de T.: Versión en español *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Madrid, Taurus, 1987 (v.o. 1960).

²⁵ Ídem nota al pie 23.

nos enteramos por los historiadores de otra visión del mundo en la que el trabajo era considerado como una parte integral de la formación de los jóvenes.

Alan MacFarlane (1986), en su estudio sobre la Inglaterra premoderna, es uno de los muchos autores que hablan de la importancia del trabajo manual -en particular del servicio doméstico- para la educación de los jóvenes de todas las clases. Se calcula que, a finales del siglo XIX, más del 60% de los jóvenes ingleses de entre 15 y 24 años trabajaban en el servicio doméstico. En algunas parroquias, la cifra llegó al 80%. El trabajo doméstico no se consideraba degradante. Más bien se consideraba una etapa de la vida, por la que pasaban incluso los hijos de la nobleza. Con la llegada de la escolarización a finales del siglo pasado, se retrasó la salida del hogar y la entrada en el mercado laboral, pero una cierta tradición de escolares trabajando ocasionalmente en trabajos manuales ligeros y en el servicio doméstico continúa hasta hoy.

Traemos a colación estos ejemplos de la historia no para recomendar un cambio de rumbo en el tratamiento de los niños. Hay ciertos logros que son incuestionables: la escuela universal, la proscripción de la explotación infantil... Pero al transportarnos a otras épocas y describir otras visiones del mundo, la historia pone en perspectiva ciertos aspectos de nuestros propios valores. ¿Por qué el juego es un privilegio de los niños? ¿Por qué el “trabajo” debe considerarse necesariamente doloroso, ajeno al mundo de los niños y opuesto al “ocio”?

Sería absurdo negar el lado oscuro de la historia de los niños: las largas horas de trabajo nocturno, las políticas de fábricas y minas que les asignaban tareas peligrosas, los excesos de la educación puritana, los cuerpos disciplinados, el abuso, la indiferencia y la falta de respeto. Sin embargo, hay que desconfiar del movimiento pendular de las ideologías que tiende a llevarnos a exageraciones del otro extremo. Por ejemplo, reaccionando contra la tendencia que niega toda individualidad del niño, que lo ve como “pura negatividad”, o que lo sitúa simplemente en función de su potencial (el “futuro ciudadano adulto”)²⁶, ha aparecido en el curso de este siglo una nueva idealización del niño que suena curiosamente similar a cierta dimensión de la noción premoderna. Volvemos a ver al niño pintado como un “adulto en miniatura”, sólo que, en lugar de ser negativizado (como incompleto o incompetente), es ahora el *locus privilegiado* de los derechos tradicionalmente considerados propios del adulto: respeto, individualidad, libertad, ciudadanía.

El movimiento de defensa de los derechos del niño ha tenido efectos positivos innegables (véase, en Brasil, el *Estatuto del Niño y del Adolescente* de 1990). Sin embargo, hay movimientos radicales en los que las exageraciones se hacen patentes (citemos, por ejemplo, el “movimiento de liberación de los niños” que, en Estados Unidos, aboga por la “autodeterminación” de los niños, incluido el derecho a viajar sin permiso, a controlar su propio deseo sexual, a consumir drogas, a tener propiedades, a votar y a elegir su propio programa educativo²⁷). En algunos debates sobre la ciudadanía, la causa del niño aparece junto a la de los negros y las mujeres, como si fueran fenómenos (grupos discriminados) del mismo orden. Ante el entusiasmo, parece difícil recordar que los niños no son iguales que los adultos. La expresión de su libertad, el respeto de sus derechos, debe pasar necesariamente por la intermediación de tutores adultos que, en un proceso educativo, negocian los límites. Este hecho no representa una sorpresa para los educadores contemporáneos que han pasado su vida en las ciencias pedagógicas. Sin embargo, parece que en ciertos ambientes se ha olvidado esta particularidad de la fase de la infancia, lo que da lugar a una confusión entre esta *etapa* de la vida y el paraíso, la proyección de los ideales de los adultos²⁸.

Para denotar esta faceta de la ideología contemporánea -el niño como proyección de los fantasmas de los adultos- acuñé el término de “niño absoluto”. “Absoluto”, según el *Nuevo Diccionario Aurélio*, es “lo que no tiene límites, no depende de otros, no está sujeto a condiciones, es superior a todos los demás, no admite contradicciones”. Es una noción que se ha extendido por todo el mundo durante este siglo, pero que adquiere características particulares según el lugar de los actores sociales.

V. Una nueva distinción de clase.

En Brasil son evidentes las paradojas que encierran los primeros momentos “del descubrimiento de la infancia”. A pesar de los repetidos intentos de legislar e incluso eliminar el trabajo infantil, no hubo -en general- campañas paralelas para aumentar los salarios de los padres de los pequeños trabajadores. La cuestión seguía abierta: de qué iban a vivir los niños pobres “liberados del trabajo”²⁹. Las paradojas se extendieron al ámbito doméstico. Gracias a la explotación de los niños pobres (el “patán”, el “criado”) y de sus padres, los hijos de la élite se liberaron de cualquier servicio doméstico. Hasta hace veinte años, todavía era posible encontrar sirvientas de 13 o 14 años que ordenaban la ropa y cocinaban para los hijos del patrón. Estos últimos, liberados de las arduas tareas domésticas, podían experimentar plenamente la “fase de despreocupación de la infancia”.

Incluso podemos aventurar la hipótesis de que, a mediados de ese siglo, el “descubrimiento de la infancia” fue acompañado de una redoblada distinción de clases. El “trato especial” del que debían disfrutar los niños incluía, en

²⁶ Ver Pinheiro 1997 para una discusión de estas nociones.

²⁷ Ver una excelente discusión bibliográfica sobre ese tema en Santos 1996.

²⁸ Sin duda, es a este tipo de situación a la que se refiere Calligaris en su descripción del “niño-rey” en ciertas familias de las clases dirigentes brasileñas. (Calligaris 1991).

²⁹ No se puede ignorar que la prevención del trabajo infantil era también una preocupación de ciertos grupos de trabajadores, como los anarquistas de São Paulo a principios de siglo. Con sus campañas pretendían no sólo proteger el ambiente familiar, sino también -al eliminar la competencia mal pagada- garantizar salarios dignos. (véase Rago 1985).

primer lugar, “privilegios”. La idea de que el niño sufra ciertas restricciones, de que se someta a la autoridad de los adultos, de que tuviera obligaciones o realice tareas específicas (servicio doméstico en la propia familia) parecía fuera de lugar en este mundo, ya que esta “etapa de la vida”, que refleja las peculiaridades de la sociedad de clases, nunca podría acercar al niño a la condición de trabajador. Así, los grupos ricos siguieron pagando un salario mínimo a sus “empleados” (de todas las edades) mientras recomendaban a sus propios hijos que rechazaran los trabajos que no tuvieran un “salario digno”. Ocupar empleos “menores”, temporales, en la parte inferior de la escala de prestigio no era una práctica adecuada para la categoría “joven”; era “adecuada”, más bien, para los miembros de una determinada clase.

No podemos olvidar que en Brasil, debido a las influencias de una tradición ibérica, exacerbada por siglos de orden esclavista, el trabajo -y el trabajo manual en particular- se considera denigrante. En la utopía de una “República de Médicos”, ser trabajador era estar excluido. En cuanto el plebeyo lograba ascender en la escala socioeconómica, contrataba un esclavo para que trabajara en su lugar o construía una pequeña casa donde pudiera tener inquilinos. De este modo, se convirtió en un “capitalista”, viviendo de su renta. Hoy, las cosas son diferentes. La ética del trabajo ha llegado a la burguesía: los herederos de las grandes fortunas insisten en que “trabajan como perros” para merecer su prosperidad (véase Salvatori 1996). Pero estas protestas van acompañadas de exigencias igualmente vehementes de *que sus niños no trabajen*. La idea negativa del trabajo se mantiene, sólo que ahora el objetivo a proteger se desplaza del adulto al niño.

Durante mucho tiempo, las “nuevas” sensibilidades ligadas a la infancia se ejercieron sólo con respecto a los hijos de la familia. Tal vez entre las clases dominantes, una determinada visión del mundo situaba a los pobres en una categoría aparte, donde las etapas de la vida eran irrelevantes. Sólo recientemente se ha empezado a recordar que la pequeña criada, más allá de ser servicial y pobre, es también una niña. Si antes una especie de racismo velado había justificado la desigualdad de trato, ahora los pobres *en tanto niños* se integran en la categoría universal de “humanos”. Se reconocen ciertas necesidades mínimas para todos los jóvenes, y la falta de estas “condiciones mínimas” se vuelve intolerable³⁰. Pero esta inclusión de un nuevo grupo en el horizonte humanitario no deja de engendrar nuevas paradojas: por ejemplo, cuando el niño (o el adolescente) cumple los dieciocho años y cambia repentinamente de estatus (de ser un niño “en peligro” que merece una atención especial, pasa a ser considerado un adulto “peligroso” contra el que hay que protegerse). O cuando hay que encontrar a alguien a quien culpar de la intolerable situación en la que se encuentran actualmente tantos niños. Entonces, el sacrificio ofrecido para expiar nuestra mala conciencia aparece en la figura de los padres desnaturalizados³¹. La noción de “niño rey”, irrealizable en tantos contextos, genera su contrario -la noción de niño martirizado- y, con ella, un nuevo chivo expiatorio: los padres verdugos.

Rosemberg, al comentar el uso mediático de cifras infladas sobre los “niños de la calle”³², muestra claramente cómo una cierta histeria ligada a la idea del niño pobre hace todo *menos* ayudar a remediar la situación:

“(…) Este esfuerzo por sensibilizar a la opinión pública sobre la violencia a la que están expuestos los niños y adolescentes principalmente de los países subdesarrollados, ha generado una retórica específica que viene recorriendo el mundo y que, en su afán de convencer, incorpora muchas veces diagnósticos catastróficos, inverosímiles, alejados de la realidad, estigmatizantes de las familias, de los niños y adolescentes pobres, e inadecuados como faros para la acción.” (1993:71).

Empezamos, por tanto, a sospechar que la gran preocupación mostrada a nivel mundial por el valor “niño” no siempre está ligada a observaciones objetivas, a evaluaciones correctas de la realidad o a campañas eficaces que reviertan en algún beneficio real para los niños o sus familias. Al contrario, parece que hay, en ciertas situaciones, una relación inversa entre el volumen de la retórica y la eficacia de las políticas³³.

En estos últimos días, hemos visto retratados en el periódico, casi a diario, casos de bebés encontrados en la basura³⁴. Es imposible no quedar impactado por estas imágenes. La sociedad que no se indigna con el sufrimiento de los seres indefensos es una sociedad muerta. No podemos tolerar, bajo ningún pretexto, la indiferencia ante estos hechos. Sin embargo, la gran pregunta es: ¿qué viene después de este *shock* que vende tantos periódicos? ¿Cómo elaboramos el sentimiento de indignación? ¿Reafirmando nuestra superioridad sobre los pobres? ¿Recurriendo a modelos desgastados de explicación, -aquellos dogmas planteados al principio de mi discurso-, refiriendo las atrocidades a la ruptura de la familia? o, peor aún, a “la falta de sensibilidad materna y paterna en las clases populares”? ¿O simplemente les quitamos esos niños a sus “indignos” padres y los repartimos entre parejas europeas y estadounidenses que buscan niños para adoptar? Por supuesto, al citar estos ejemplos de “abandono de la razón”, estoy siendo irónica, pero me pregunto si la “opinión pública” no cae fácilmente en estos lugares comunes.

³⁰ Según un análisis foucaultiano, estas sensibilidades responden al creciente interés por “normalizar” el comportamiento de los grupos populares, de prevenir las amenazas al orden público mediante una mayor integración de los jóvenes ciudadanos (Donzelot 1978).

³¹ Agradezco a Andrea Cardarello y a Fernanda Bittencourt Ribeiro (1996) que, a través de sus investigaciones, han enriquecido esta perspectiva.

³² Se trata, por cierto, de cifras acogidas y repetidas por órganos nacionales (FEBEM) e internacionales (UNICEF).

³³ Para otros casos en los que, en nombre de los derechos humanos, se han producido pérdidas para determinados grupos, véase Ramos 1991 y Scott 1996.

³⁴ Lo que parece una auténtica epidemia plantea cuestiones sobre el papel de la prensa en este proceso: si influye en el comportamiento o crea problemas por su impacto mediático.

Como investigadora, he observado ciertas dinámicas familiares en grupos populares de Brasil, con valores vinculados al niño que no son idénticos a los que conocen las clases privilegiadas³⁵. Entre otras prácticas, destaca la “circulación de niños”, una práctica histórica según la cual los jóvenes de las clases populares de Rio Grande do Sul transitan entre las casas de varias “madres”: genitora, madrina, abuela o madre de crianza. En la mayoría de los casos observados, esta práctica no es vista por los padres biológicos como “abandono” y no es vivida como tal por los propios niños. Lo más significativo es que, incluso cuando pasa gran parte de su infancia en una familia sustituta, el joven no pierde los lazos con la familia de origen y a menudo, tras crecer, se reincorpora a la red consanguínea.

Como se describe aquí, esta práctica no tiene nada que ver con los deplorables casos de bebés “arrojados a la basura”. Sin embargo, cuando se enfrenta a un niño pobre que vive con la abuela o la madrastra, ¿qué recuerda una profesora o asistente social? ¿Asocia esta situación con una forma de familia conocida por generaciones de grupos populares?... o con el “abandono” de los niños denunciado diariamente en los periódicos del país?

El bebé en la basura constituye, sin duda, el estereotipo que permanece en el imaginario de muchas personas cuando piensan en el hijo de una familia pobre. Es una imagen que fija en colores vivos la culpa de todo. Es un elemento indispensable de nuestro sistema lógico, engendrado por polaridades extremas: por un lado, el niño -típico de las clases medias- depositario de los fantasmas de los adultos, un niño congelado en una interminable etapa de juventud despreocupada; por otro lado, el niño pobre, anti-norma, que convenientemente arroja la culpa a sus padres, adultos victimarios.

VI. Una diferencia que incomoda

Es comprensible que la idea de la diferencia crea problemas, más aún cuando está vinculada, como en la sociedad de clases, a la desigualdad y a la injusticia. Sería muy conveniente poder decir que, en el fondo, no hay ninguna diferencia en los sentimientos de los padres hacia sus hijos estemos donde estemos. No tendríamos que considerar la posibilidad de valores diferentes a los nuestros. Podríamos tranquilizarnos con la validez universal de nuestro propio mundo simbólico. Sin embargo, en los últimos años la antropología ha insistido en el hecho de que un valor debe verse como un producto de su contexto. El sentido preciso de la sensibilidad familiar o de la noción de infancia se produce por circunstancias históricas específicas. Es muy posible que el granjero de São Paulo piense en sus hijos de una manera, el zapatero de Rio Grande do Sul de otra y el profesor universitario de Rio de Janeiro de otra. Por parte del investigador, este reconocimiento de la diferencia *no* implica -como pretenden algunos críticos del relativismo- una omisión moral³⁶. Tratar de entender la lógica que subyace a una determinada práctica social no es aprobar o abogar por el mantenimiento de esta práctica. Es aceptar el principio básico del diálogo: la duda de que sus interlocutores tengan algo que decir que valga la pena escuchar.

A nivel institucional, sería inaceptable trabajar con diferentes ideales para diferentes grupos. Puede ser que, en *ciertas* lógicas locales, tenga más sentido que un niño de 12 años esté recogiendo botellas viejas que estudiando; es posible que, en opinión de muchos brasileños, la responsabilidad adulta comience ya a partir de los 15 o 16 años. Sin embargo, las leyes son para *todos* los ciudadanos; para la escolarización obligatoria y la imputabilidad penal, deberían dictar *un* límite de edad, el mismo para todos los brasileños. Cualquier alternativa significaría renunciar al principio básico de la ciudadanía moderna y aceptar un *status quo* devastador. La definición de los límites, así como las formas de aplicar la ley, son, sin embargo, espacios en los que hay que negociar las diferencias.

La tensión entre el ideal igualitario y la realidad de la diferencia impregna nuestro análisis, al igual que la sociedad en la que vivimos. Entre la arrogancia totalitaria (que descalifica todo lo que es diferente) y la complacencia paternalista (que acepta la diferencia como parte del orden natural), recorreremos un camino difícil en la búsqueda de la justicia social. No hay una resolución tranquila. Sin embargo, nos parece que existen principios metodológicos para afrontar mejor la situación. En primer lugar, hay que definir y comprender las diferencias. Conocer las lógicas de los “otros” es, sin duda, uno de los grandes retos de la comunicación en la sociedad actual (las imágenes impactantes que, con una facilidad desconcertante, se transforman en estereotipos negativos crean un cortocircuito en este proceso). En segundo lugar, situar *nuestra* lógica como una entre otras. Reconocer la «historicidad» de nuestras propias percepciones sobre el trabajo, el ocio, la infancia, la familia y, en consecuencia, aceptar cuestionarlas son pistas que nos abren al diálogo. En tercer lugar, entender las diferentes percepciones como partes interrelacionadas de una misma configuración cultural. El «niño absoluto» de la familia burguesa alimenta al «niño ciudadano» de los legisladores, que, a su vez, se afirma en oposición a la noción de «niño abandonado» de la familia pobre. Cerrando el círculo, la miseria de millones de niños golpea la sensibilidad de los grupos acomodados, llevándolos a promover, más que nunca, al “niño absoluto” dentro de sus propias familias. Cada término sólo puede entenderse plenamente si se considera en el contexto del conjunto. Es de esperar que, con esta hoja de ruta, nuestros conceptos -descolonizados y contextualizados- puedan contribuir al análisis social y -eventualmente- a la formulación de políticas que respondan a las necesidades de justicia social en la compleja realidad brasileña.

³⁵ Ver Fonseca 1995.

³⁶ Ver Gueertz 1988.

Versión original en portugués

O tema dessa mesa foi colocado como “A infância no Brasil: razões do abandono”, dentro de um seminário que se propõe como tema de reflexão: *Psicanálise e colonização: leituras do sintoma social no Brasil*. Querendo situar meu olhar, antropológico, em relação a outros, propus um título provocador: “O abandono da razão: a descolonização dos discursos sobre a infância e a família”. Pois, parece-me que se quisermos avançar nas nossas discussões, é imprescindível criar instrumentos “reflexivos” de análise, isto é, que permitam examinar os valores da classe dos pesquisadores que têm norteado os termos usuais de análise. Para ser mais precisa, sugiro que se seguirmos na proposta louvável do seminário, seremos obrigados a questionar a obsessão com a criança vitimizada - imagem que vem galopando através das páginas dos nossos jornais com cada novo nenê achado “no lixo”, e que aparece de forma insistente nas discussões sobre políticas públicas que lidam com família pobres.

Recentemente, pesquisadores do campo sociológico têm devotado muita atenção à maneira como um ou outro tipo de comportamento acaba sendo eleito, pela opinião pública, como “problema social”³⁷. Tentam entender os processos que definem os temas de destaque - as “causas” que, em determinada conjuntura comovem o público, angariam fundos, e mobilizam frentes de ação. Por que, por exemplo, existem 500 ONG’s apenas no Rio de Janeiro, voltadas para a infância pobre quando outras causas (tais como saneamento básico, a condição das cadeias, ou mesmo o reciclamento do lixo) parecem incapazes de motivar mais de meia dúzia de associações³⁸. Essa linha de investigação não nega a importância dos temas destacados; apenas sugere que não existe uma relação direta entre a gravidade do problema e o tamanho das atenções (volume e intensidade emocional) voltadas para ele. O que consta - na opinião pública - como “mais urgente” depende nem tanto da “realidade” quanto de prioridades mediáticas, oportunismo político, e sensibilidades de classe.

Peço para vocês manterem essa idéia em mente enquanto seguimos adiante na discussão sobre “a infância abandonada” pois, antes de descrever casos horripilantes para ilustrar a noção (o que certamente seria uma contribuição pouco original à discussão), ou ainda de sugerir soluções para remediar tais problemas (quem me dera), pretendo mostrar como, em muitos casos, a preocupação com esse tema vem implicitamente emaranhada num conjunto de valores contraditórios que servem tanto para reforçar o status quo quanto para pleitear verdadeiras mudanças. Propo-nho aqui auscultar algumas premissas que subjazem boa parte das discussões com o intuito de exorcizar fantasmas e esclarecer certos elementos do debate.

I. Qual o formato da “família estruturada”?

Talvez caiba começar pela noção de “família” já que uma das premissas implícitas no senso comum parece ser: se existem crianças abandonadas, quem abandonou foi “a família”. Já foi amplamente demonstrado que boa parte dos “meninos de rua” (que constam alto na lista de candidatos à categoria “abandonada”) mantém contatos no mínimo esporádicos com seus familiares³⁹. A família, portanto, existe, mas que família! A moradia deplorável, a prolificidade insistente, os des- e re-casamentos, o emprego irregular ... tudo converge para confirmar a imagem da família “des-estruturada”, como causa evidente do “abandono”...

Entretanto, a falácia desse raciocínio vem a tona com um mínimo de pesquisa. Por exemplo, quanto à primeira objeção que aparece em qualquer discussão sobre famílias pobres - que “aquela gente” não pára de ter filhos! - podemos lembrar o seguinte detalhe. No Brasil, a taxa de fecundidade tem baixado muitíssimo nos últimos anos. Em 1996, a média de filhos por mulher é da ordem de 2,7 - aproximando-se da média da Suécia (2,2 filhos por mulher). Até no nordeste (parte mais pobre e prolífica do Brasil) a média de filhos por mulher caiu de 7.5 em 1971 para 3,7 em 1991 - isso é, mais de 50% em vinte anos. *Apesar disso, o número de crianças “abandonadas” e colocadas em adoção aumenta a cada ano*. Vemos, portanto, que os “pobres” têm se mostrado sensíveis às campanhas natalistas levadas por inúmeras organizações nas últimas décadas sem, no entanto, ter surtido grande efeito quanto ao nível sócio-econômico deles.⁴⁰

Quanto à “desorganização” devido a divórcio e recasamento, cabe lembrar que, hoje, na França, cerca de 40% das crianças nascem de pais que não são legalmente casados, e quase um terço dos casamentos legais são fadados a terminar em divórcio⁴¹. Se fosse a “família desestruturada” causa de todos os males, certamente teríamos motivo para esperar hordas de meninos “abandonados” também na França...o que simplesmente não é o caso.

Na verdade, se há uma coisa “cientificamente” estabelecida é o enorme leque de formas familiares⁴² que têm sido constatadas em diferentes contextos. Cabe então a pergunta : de que “estrutura” estamos falando quando falamos com tanta desenvoltura da família “desestruturada” ? Qual seria? Coerente com a proposta desse seminário, propondo contribuir para a *descolonização do pensamento científico*, sugiro que os modelos familiares com quais

³⁷ Ver, por exemplo, Best 1990.

³⁸ Ver Valladares e Impelizeri 1992 sobre ONG’s no Rio de Janeiro e Fernandes 1994.

³⁹ Ver os diversos trabalhos em Fausto e Cervini 1991, Lecznieski 1992, Craidy 1996.

⁴⁰ Para uma excelente discussão sobre esse assunto, ver Alves de Souza 1996.

⁴¹ Zonabend e Segalen 1986.

⁴² A “forma familiar” inclui a organização dos laços entre membros da rede de parentesco (definida por laços de consangüinidade, afinidade, adoção, ou parentesco espiritual) assim como da unidade doméstica.

trabalhamos usualmente, importados - em geral - de outros contextos, nem sempre ajudam para entender a realidade em que vivemos. Para ilustrar esse argumento, examinemos brevemente três noções que parecem dominar boa parte dos discursos sobre a família brasileira: a família nuclear, a família patriarcal, e a “crise da família”.

A família nuclear, normalmente associada à unidade doméstica composta de pai, mãe e todos os filhos nascidos do casal, existe - como Lévy-Strauss bem nos lembra⁴³ - desde tempos imemoriais. No entanto, as particulares sensibilidades que, hoje, ligamos a essa configuração só se desenvolvem - e, ainda assim, apenas em certos contextos - desde o Renascimento. Foi depois da Segunda Guerra Mundial que esse modelo familiar veio a ser sacralizado pelo pensamento científico a partir de teorias particularmente claras e cativantes formuladas por Talcott Parsons para analisar a vida familiar nas camadas médias dos Estados Unidos. A banalização dessa análise levou duas gerações a crer que *aquela* família nuclear era não somente a mais “natural”, mas também a única forma sadia de organização familiar e que desvios do ideal implicariam em sérios riscos para a saúde mental dos jovens⁴⁴.

Lembrando que todo discurso científico é, de uma forma ou outra, reflexo de sua época. Martine Segalen, uma socióloga francesa, descreve as circunstâncias que deram ensejo ao modelo parsoniano: “Essa visão de uma família nuclear cortada dos outros membros de sua parentela é indissociável dos contextos políticos da época em que esse modelo se situa: o das economias pós-guerra, em rápida expansão(...). Da mesma maneira que o amor parecia triunfar na união conjugal, e a liberdade individual explodia depois da derrota de fascismo, da mesma forma a família era vista como limitada a uma esfera estreita, privada das suas funções antigas pelas novas políticas sociais promovidas pelo Estado de bem-estar social”(1986:659).

Passadas três décadas, os pesquisadores europeus começam a se livrar da camisa de força do modelo nuclear para redescobrir outras dinâmicas que interagem com (e até se substituem a) o núcleo conjugal. Há, atualmente, uma renovação de interesse por redes de parentesco, assim como o reconhecimento de “novas” dinâmicas estruturais que declaram-se nos laços criados pelo recasamento (entre padrasto e enteado, por exemplo), pela maternidade assistida, e pela adoção⁴⁵. Para nós, coloca-se a pergunta: se já, para o estudo de famílias francesas, o modelo conjugal parece limitado, será que a centralidade desse modelo no estudo de famílias brasileiras não seria ainda mais problemática?

Aqui, no Brasil, tivemos o gênio de Gilberto Freyre para lembrar que podem existir formas de família específicas ao Brasil. Numa série de obras inesquecíveis, escritos nos anos trinta e quarenta, pintou em vivas cores a família patriarcal da zona açucareira de Pernambuco durante a época colonial. Na renovação do espírito nacionalista, Freyre, como outros intelectuais de sua época quis afirmar - frente ao imperialismo cultural europeu e norte-americano - a particularidade da cultura brasileira. Mas, ao fazer isso, cedeu a uma espécie de “colonialismo interno”, pois deixou subentendido que o país inteiro poderia ser compreendido através do modelo nordestino. Num raciocínio tautológico, pesquisadores que seguem nessa linha sugerem que, no Brasil, o comportamento familiar só faz sentido quando inserido na dinâmica da casa grande (assim, fala-se em “famílias semi- anti- e parapatriarcais”). E aquilo que não entra no modelo é descrito como “uma massa anônima de socialmente degregados”⁴⁶. Em outras palavras, apresentando uma imagem “vista de cima” da realidade brasileira, contribuem pouco para compreender lógicas alternativas das camadas subalternas. Já em 1982, Mariza Correa, ao repertoriar a variedade de formas familiares no Brasil, questiona a hegemonia do modelo patriarcal no pensamento científico: “O conceito de “família patriarcal”, como tem sido utilizado até agora, achata as diferenças, comprimindo-os até caberem todas num mesmo molde ...”(1982: 27). Atualmente, com uma ou duas exceções (ver Da Matta 1985), a relevância sociológica desse modelo é considerada restrita à análise das camadas altas da sociedade, em particular das do Norte e Nordeste brasileiros.

Há leitores que protestarão: hoje em dia ninguém mais se preocupa com o modelo parsoniano da família, nem com a casa grande freyriana. A preocupação que mais inquieta os cidadãos do mundo globalizado seria a “crise da família” que, no mundo “pós-moderno”, foi de tal modo descaracterizada que atualmente não tem mais nem definição nem função. Quanto a esse ponto, gostaria de lembrar que boa parte dessa retórica vem importada de filósofos e sociólogos alemães - sendo os escritos de Adorno e Horkheimer (dos anos 50) entre os mais citados⁴⁷. Para entender a conotação particular de “crise familiar” associada a esse capítulo da teoria científica alemã, cabe lembrar certos elementos de sua história social.

Num recente artigo, F. Schultheis (sociólogo alemão) mostra como os intelectuais alemães do pós-guerra viveram uma fase de rejeição radical a tudo que era associado à tradição fascista⁴⁸. A família “tradicional” - concebida em termos da família tronco, dominada pela autoridade patriarcal. - era condenada como sustentáculo da mentalidade autoritária. A guerra deixou os jovens com um saldo de culpa que só conseguiram expiar “matando” os pais - e, junto com eles, a idéia da família. A revolta da nova geração contra os velhos que tinham perpetrado a guerra espelhou-se tanto nos romances da época (vide os eternos conflitos intergeracionais), como na quase ausência do tema “família” na literatura sociológica. (Por sinal, em termos estatísticos, a Alemanha é o país menos “familista” da Europa. Seguindo as curvas demográficas, calcula-se que um quarto dos jovens, nascidos depois de 1955 nunca terão filhos.)

⁴³ Lévy-Strauss 1956.

⁴⁴ Ver, por exemplo, Parsons 1949 e 1955 e, para críticas a esse modelo Schneider 1992 e Collier *et al.* 1992.

⁴⁵ Ver, por exemplo, Gullestad e Segalen 1995, Collins 1992, Cadoret 1995 e Lallemand 1993, Halvorsen e Prieur 1996, Strathern 1992..

⁴⁶ Cândido 1972: 303.

⁴⁷ O texto mais citado desses autores, “Sociologia da família”, é conhecido em geral através do extrato traduzido na coletânea organizada por Canevacci (1981).

⁴⁸ Schultheis 1995.

Podemos imaginar, portanto, que “a crise da família” da qual falam os alemães não é necessariamente extensível a qualquer contexto.

Certamente os grandes pensadores - que sejam alemães ou hindus - produzem idéias que enriquecem nossos análises. Mas, é só colocando cada modelo no contexto sócio-histórico em que foi produzido que poderemos trabalhar de forma descolonizada com as teorias científicas. Na verdade, nem Parsons, nem Freyre, nem Adorno podem ser culpados de imperialismo cultural. Seus modelos teóricos da família são assumidamente talhados às suas respectivas realidades locais. Podemos, aqui, no Sul do Brasil, usar esses modelos para nortear hipóteses. Mas hipóteses são instrumentos a serem tanto confirmados quanto negados e reformulados ou, mesmo, descartados. Quando o modelo torna-se exclusivo, apresentando-se como a única representação legítima da realidade, perde seu valor científico, e - com esse - também se perde o poder de travar análises originais para a compreensão de *nossa* realidade.

II. Generalizações possíveis

Mas, afinal, será que não há possibilidade nenhuma de formular generalizações sobre a família brasileira? No meio de todas essas dúvidas, ainda podemos levantar hipóteses sobre dois pontos: o que nossas famílias (brasileiras) compartilham atualmente com outras que fazem parte da modernidade ocidental; e o que elas têm de distintivo. Quanto às semelhanças, podemos comentar o inegável prolongamento da expectativa de vida, fazendo com que pais e filhos adultos convivem durante muito mais tempo do que antigamente. Não somente convivem, mas esses podem contar por muito mais tempo com a ajuda daqueles. Essa “co-longevidade” intergeracional⁴⁹ está provocando modificações na organização prática, política e afetiva dos grupos domésticos e, por extensão, da própria dinâmica da família moderna. (O “prolongamento da adolescência”, evidente em classes abastadas é apenas um aspecto desse processo complexo). Outra semelhança diz respeito aos descasamentos e recasamentos que - mesmo tendo existido no passado - estão, hoje, sendo reconhecidos e legalizados como nunca antes - institucionalizando novas formas familiares que contribuem para a “normalização” da relação entre padrastos e enteados⁵⁰.

(Cabe notar que essas duas tendências que se manifestam nos mais diversos contextos não criam, contudo, uma homogeneização de formas familiares. Pesquisas demográficas têm mostrado que - pelo menos, no continente europeu - cada país, senão cada região, possui uma trajetória diferente no que diz respeito à evolução familiar (Lebras 1995). Existem padrões diferentes também conforme o nível sócio-econômico da população⁵¹. Mas, através da diversidade, percebe-se uma valorização persistente de laços familiares. Apesar da influência do Estado do Bem-Estar Social que tem desincumbido a família de boa parte de suas funções tradicionais, e da crescente “desunião conjugal” que tem modificado o perfil dos membros da unidade doméstica, em praticamente todos os países (com a notável exceção de Alemanha já descrita) o parentesco continua a se afirmar como ordenador da identidade pessoal assim como das formas de sociabilidade e atividades de lazer⁵².)

Se, por um lado, as formas familiares brasileiras são sujeitas a muitas das mesmas influências observadas em qualquer outro contexto “moderno”, por outro lado, existem características que lhes são particulares, a começar pela ênfase atribuída aos laços consangüíneos. De Pernambuco a Rio Grande do Sul, o almoço dominical na casa dos sogros continua sendo um rito importante, sem falar da troca diária que existe entre primos, tios, irmãos, etc. Quer se trate da família patriarcal de Gilberto Freyre, de clãs paraibanos, de fratrias nas camadas médias mineiras, ou de avós cariocas cosmopolitas, aparece com uma persistência surpreendente a importância do *sangue*⁵³. Em grupos populares, as redes de ajuda mútua e as lealdades duradouras se explicam através do idioma do “sangue”. Mesmo no que temos de mais “moderno” - os jovens casais naturalistas psicanalisados das camadas médias e altas cariocas, - vemos como a inevitável ingerência da família consangüínea acaba frustrando os projetos ideais do “casal grávido”⁵⁴. A pouca mobilidade geográfica junto com a falta de serviços públicos adequados (creche, etc.) levam os jovens, até nas camadas abastadas, a procurarem apoio junto às suas respectivas famílias de origem. Certamente a família conjugal consta como dado e valor presente em praticamente todos os contextos pesquisados. No entanto, junto com esse valor (e concorrendo com ele), achamos, atravessando as diferentes configurações familiares do Brasil, outro tão atuante quanto o primeiro - o da família consangüínea.

É difícil, no entanto, falar muita coisa sobre famílias brasileiras contemporâneas sem levar em consideração sua posição no espaço social⁵⁵. Segundo certa análise, podemos encontrar no Brasil (no mínimo) três variantes da família moderna. A família conjugal, com sua configuração particular de valores, seria realizada principalmente nas camadas médias. As elites tenderiam a reelaborar o modelo de forma a privilegiar uma *solidariedade de linhagem* (o grupo corporado das grandes famílias), e as camadas populares colocariam grande ênfase, além da unidade doméstica, nas

⁴⁹ Empréstamos o termo de Attias-Donfut 1995.

⁵⁰ Ver Stacey 1991, Legall e Martin 1995, Ruddick 1992.

⁵¹ Rapp 1992, Collins 1992, Duarte 1994.

⁵² Ver Segalen 1995 e Gaunt 1995.

⁵³ Ver Abreu 1982, Barros 1987, e Lewin 1987.

⁵⁴ Ver Salem 1989.

⁵⁵ Bourdieu usa “espaço social” para remediar os problemas economicistas e reificados de um conceito clássico de classe. Nesse artigo, uso “classe” como sinônimo da noção de Bourdieu de posição dentro do espaço social (1989, 1990).

parentelas - redes de ajuda mútua⁵⁶. O importante dessas recentes contribuições é o reconhecimento de que, numa mesma sociedade complexa, podem co-existir diversas configurações familiares - cada uma com sua lógica interna. Diferentes condições de vida engendram visões diferentes do mundo, e - por extensão - sensibilidades familiares particulares. Numa sociedade de profundas desigualdades sociais como a brasileira, onde as condições de vida podem diferir radicalmente de uma região para outra, até de um bairro para outro, é de suma importância lembrar que o que “faz sentido” num contexto não o faz, necessariamente, em outro.

III. Os diferentes sentimentos da infância

A essa altura da nossa reflexão, cabe estender o processo de “descolonização” da “família” para a “infância”. O distanciamento diante desse último termo é particularmente importante por tratar-se de uma das noções mais carregadas da nossa época. Consideremos, por exemplo, as estatísticas que aparecem sobre “crianças abandonadas” - o número sendo colocado ora a 1.500.000, ora a 30.000.000 (Rosemberg 1993). Numa demonstração de como a forte carga emocional ligada a esse termo pode seguir canais diversos, a definição do “abandonado” vai extrapolando o uso legal (nesse, seria aquela criança cujos pais não constam ou foram destituídos do *patrio poder*) para tornar-se simplesmente sinônimo de “criança pobre”. Mistura-se não somente definições, mas também causas e consequências ora colocando a “culpa” no Estado omissivo, ora em pais irresponsáveis. Se, por um lado, “a criança” presta-se a campanhas de valor consensual tais como saúde infantil e educação, não podemos ignorar que aparece, por outro lado, em discursos controvertidos: para sublinhar a necessidade de uma volta à tradicional moralidade familiar, por exemplo, ou para justificar a esterilização de mulheres pobres. Num tal clima, ao falar da infância pobre no Brasil, em vez de insistir tanto nas “razões do abandono” tão freqüente nos comentários sobre esse tema, provavelmente avançaríamos mais na discussão analítica se falássemos do “abandono da razão”.

Antes de falar nos dados brutos, cabe portanto analisar a representação da infância que norteia a nossa percepção. Com esse intuito, procurando recuar para colocar em perspectiva nossos próprios valores, propomos viajar para “outros lugares” através da história social. Philippe Ariès, na sua obra clássica sobre a história da infância, sugere que na época pré-moderna não existia um sentimento de infância tal como nós a concebemos hoje:

(Isto) não quer dizer que as crianças fossem negligenciadas, abandonadas ou desprezadas. O sentimento da infância não significa o mesmo que afeição pelas crianças; corresponde (antes) à consciência da particularidade infantil, essa particularidade que distingue essencialmente a criança do adulto...Essa consciência não existia. Por essa razão, assim que a criança tinha condições de viver sem a solicitude constante de sua mãe ou de sua ama, ela ingresava na sociedade dos adultos e não se distinguia mais destes. (1981:156)

A partir do século XIV, vemos aparecer sinais de uma noção de particularidade infantil: na pintura (que toma finalmente conhecimento que a cabeça da criança é proporcionalmente maior do que a do adulto), nas trajes e nas brincadeiras. Subjacente a essas mudanças, desenvolve-se um novo sentimento da infância em que “a criança, por sua ingenuidade, gentileza e graça, se tornava uma fonte de distração e de relaxamento para o adulto.” (158)

Se, por um lado, crianças começam a ser paparicadas, por outro, elas passam a suscitar, em determinados contextos, um sentimento de irritação. De qualquer forma, vai se perfilando uma idéia de que criança não é igual a adulto, pertence a uma categoria a parte e, por conseguinte, deve se misturar à companhia adulta apenas em um número limitado de situações.

Um último elemento chave da noção moderna de infância surge com os moralistas e educadores do século XVII:

O apego à infância e à sua particularidade não se exprimia mais através da distração e da brincadeira, mas através do interesse psicológico e da preocupação moral... (1981: 162)

Considerada na época pré-moderna como simplesmente um adulto incompetente, a criança torna-se, segundo a nova concepção, um ser em formação que exige especiais cuidados materiais e afetivos. Surge então um exército de especialistas para melhor definir as necessidades da criança e para aconselhar os pais sobre como criá-la. Vivemos nesse século XX o auge desse sentimento com a consolidação das ciências pedagógicas, psicológicas e pediátricas -- todas convergindo para um ponto culminante: a criança e adolescente.

Esquematizei essas etapas da seguinte maneira:

⁵⁶ Ver Duarte 1994 para um detalhamento dessa perspectiva.

Os Sentimentos da infância

Época histórica	Atitude que a criança suscita	Representação da criança
Até século XV	Sem particularidades	Adulto incompetente
XV-XVIII	Paparicação	Boneca
XVII-XX	Tutela, educação	Adulto em formação (etapa da vida)

Segundo Philippe Ariès em *História Social da Criança e da Família*.

IV. A retórica atual : “A criança absoluta”

Perguntamos agora : em que direção evolui a noção de infância nesse fim de século? Certamente houve uma ruptura entre a época pré-moderna e moderna; seria difícil imaginar a volta a um tempo em que a infância era tratada como assunto menor. A grande importância que as crianças ocupam no nosso imaginário é fruto de séculos de mudança; a “representação” atual - que acentua a especificidade dessa fase da vida - tem sido incorporada não somente nas instituições sociais (escola, legislação, etc.) mas nas próprias categorias da linguagem e do pensamento. Com a modernidade, certas “crenças” tornaram-se, para nós, irrelativizáveis - entre elas, a das etapas da vida que ditam atenções especiais para os jovens da nossa espécie. Não me excludo desse mundo moderno. Não é minha intenção discordar do que constitui hoje o cerne desse valor - o mínimo de bom senso. No entanto, parece-me que boa parte do que nos vemos atualmente foge desse “mínimo”. Por ser alvo das nossas energias passionais, a noção de criança passa a ser lugar de projeção dos fantasmas adultos. Assim, vemos implícitas em muitos discursos sobre a infância as seguintes dicotomias.

Infância	Vida adulta
Liberdade	Disciplina
Prazer	Responsabilidade
Brincadeira	Trabalho

Deve ser evidente o caráter “artificial” de dicotomias que colocam os termos como mutuamente excludentes: como se não fosse possível ter prazer na responsabilidade, ou liberdade disciplinada. Mas para não nos estendermos demais, elegemos aqui apenas um item para discussão - o último binômio (brincadeira X trabalho) que tem suscitado grande atenção nos últimos anos particularmente no Brasil onde “o direito de brincar” é - PARA CRIANÇAS - exigido por Lei.

Se voltarmos mais uma vez a Ariès, veremos que até certa época da nossa história, brincadeiras e jogos não eram privilégio de crianças. As danças e músicas, os contos, os bonecos (e objetos em miniatura em geral) misturavam-se com jogos de azar e façanhas físicas como divertimento compartilhado por crianças e adultos. A partir do século XVII, testemunha-se do abandono desses jogos pelos adultos das classes sociais superiores, e, simultaneamente, sua sobrevivência entre o povo e as crianças dessas classes dominantes. Houve, por sua vez, uma nova bifurcação entre as brincadeiras “do povo” e os jogos recomendados (leia-se “educativos”) para os filhos da elite:

(...)sob as influências sucessivas dos pedagogos humanistas, dos médicos do Iluminismo e dos primeiros nacionalistas, passamos dos jogos violentos e suspeitos da tradição antiga à ginástica e ao treinamento militar, das pancadarias populares aos clubes de ginástica.” (1981:114)

“É notável que a antiga comunidade dos jogos se tenha rompido ao mesmo tempo entre as crianças e os adultos e entre o povo e a burguesia. Essa coincidência nos permite entrever uma relação entre o sentimento da infância e o sentimento de classe.” (1981: 124)

A perspectiva histórica nos lembra que a brincadeira não é “naturalmente” (ou por qualquer necessidade psicológica ou física) privilégio de crianças. Quanto à noção de trabalho: se, por um lado, aprendemos os inegáveis horrores do trabalho infantil que condenou séculos de crianças a uma morte precoce, por outro, também conhecemos pelos historiadores uma outra visão do mundo em que o trabalho era encarado como parte integrante da formação dos jovens.

Alan MacFarlane (1986), no seu estudo da Inglaterra pré-moderna, é um de muitos autores a falar sobre a importância do trabalho manual - em particular no serviço doméstico,- para a educação de jovens em todas as classes.

Calcula-se que até o fim do século XIX, mais de 60% dos jovens ingleses entre 15 e 24 anos trabalhavam como empregados domésticos. Em certas paróquias, o número chegava a 80%. O emprego doméstico não era considerado aviltante. Antes, era visto como uma etapa de vida, pela qual até os filhos da nobreza passavam. Com o advento da formação escolar, no final do século passado, a saída de casa e entrada no mercado de trabalho foi se atrasando, mas continua até hoje uma certa tradição dos colegiais trabalharem, episodicamente, em empregos manuais leves e no serviço doméstico.

Trazemos à tona esses exemplos da história não para recomendar uma reviravolta no nosso tratamento de crianças. Existem certas conquistas que são inquestionáveis: a escola universal, a proscrição da exploração de crianças... Mas ao nos transportar para outras épocas, e descrever outras visões do mundo, a história coloca em perspectiva certos aspectos dos nossos próprios valores. Por que a brincadeira seria privilégio de crianças? Por que o “trabalho” teria que ser visto como forçosamente penoso, estranho ao mundo infantil e oposto ao “lazer”?

Seria absurdo negar o lado sombrio da história da criança: as longas horas de trabalho noturno, as políticas na fábrica e nas minas que lhe atribuíam tarefas perigosas, os excessos da educação puritana, os corpos disciplinados, o abuso, a indiferença e o desrespeito. No entanto, há de desconfiar do movimento pendular das ideologias que tende a nos conduzir para exageros do outro extremo. Por exemplo, reagindo contra a tendência que nega qualquer individualidade da criança, que a encara como “pura negatividade”, ou que a coloca simplesmente em função do seu potencial (o “futuro cidadão adulto”)⁵⁷, surgiu no decorrer desse século uma nova idealização da criança que soa curiosamente parecida à certa dimensão da noção pré-moderna. Vemos a criança de novo pintada como “adulto em miniatura” só que, em vez de negativizada (como incompleto ou incompetente), é agora *locus privilegiado* de direitos tradicionalmente considerados como sendo do adulto: respeito, individualidade, liberdade, cidadania.

O movimento pela defesa dos direitos da criança tem surtido efeitos inegavelmente positivos (vide, no Brasil, o *Estatuto da Criança e Adolescente* de 1990). Existem, porém, movimentos radicais onde exageros tornam-se aparentes. (Citemos, por exemplo, o “movimento de libertação das crianças” que, nos Estados Unidos, advoga a “auto-determinação” da criança, incluindo direito a viajar sem permissão, controlar sua própria vontade sexual, usar drogas, possuir propriedade, votar, e escolher seu próprio programa educacional⁵⁸.) Em alguns debates sobre cidadania, a causa da criança aparece ao lado da de negros e mulheres - como se tratasse de fenômenos (grupos discriminados) da mesma ordem. Frente ao entusiasmo, parece difícil lembrar que a criança não é igual ao adulto. A expressão de sua liberdade, o respeito por seus direitos...devem necessariamente passar pela intermediação de tutores adultos que, num processo educativo, negociam limites. Tal fato não representa nenhuma surpresa aos educadores contemporâneos que passaram sua vida debruçados em cima das ciências pedagógicas. No entanto, parece que, em certos meios, houve um esquecimento dessa particularidade da fase infantil que resultou numa confusão entre essa *etapa* da vida e o paraíso - projeção de ideais adultos⁵⁹.

É para denotar essa faceta do ideário contemporâneo - a criança enquanto projeção de fantasmas adultos - que cunhei o termo “a criança absoluta”. “Absoluto” segundo o *Novo Dicionário Aurélio*, é “o que não tem limites, não depende de outrém, não sujeito a condições, superior a todos os outros, que não admite contradições”. Trata-se de uma noção que se espalhou através do globo durante esse século, mas que assume feições particulares segundo o lugar dos atores sociais.

V. Uma nova distinção de classe

No Brasil, são evidentes os paradoxos embutidos nos primeiros momentos “da descoberta da infância”. Apesar de repetidas tentativas de legislar e até eliminar o trabalho infantil, não houve - em geral - campanhas paralelas para aumentar o salário dos pais dos pequenos trabalhadores. Ficava em aberto a questão: de que as crianças pobres “liberadas do trabalho” iam viver⁶⁰. Os paradoxos estendiam-se ao âmbito doméstico. Graças à exploração de crianças pobres (o “moleque leva-pancadas”, o “criado”) e de seus pais, liberava-se as crianças da elite de qualquer serviço doméstico. Até vinte anos atrás, ainda era possível encontrar empregadas de 13 ou 14 anos arrumando a roupa e cozinhando as refeições dos filhos do patrão. Esses, desonerados das árduas tarefas domésticas, podiam viver plenamente a fase “despreocupada da infância”.

Podemos até arriscar a hipótese de que, em meados desse século, a “descoberta da infância” foi acompanhada de uma redobrada distinção de classe. O “tratamento especial” da qual devia gozar a criança incluía, antes de tudo, “privilégios”. A idéia da criança sofrer certas restrições, de submeter-se à autoridade adulta, de ter obrigações ou desempenhar tarefas específicas (serviço doméstico na própria família) ...parecia fora de lugar nesse mundo, pois essa “etapa da vida”, refletindo as peculiaridades da sociedade de classe, não podia jamais aproximar a criança da condição trabalhadora. Dessa forma, os grupos abastados continuavam pagando um salário mínimo aos seus “em-

⁵⁷ Ver Pinheiro 1997 para uma discussão dessas noções.

⁵⁸ Ver a excelente discussão bibliográfica sobre esse tema em Santos 1996.

⁵⁹ Sem dúvida, é a esse tipo de situação que Calligaris se refere na sua descrição da “criança-rei” em certas famílias das camadas dominantes brasileiras. (Calligaris 1991).

⁶⁰ Não se pode ignorar que prevenir o trabalho infantil era também preocupação de certos grupos trabalhadores, tais como os anarquistas paulistas do início do século. Visavam, com suas campanhas, não somente proteger o recinto familiar, mas também - ao eliminar a concorrência mal paga - garantir salários dignos. (ver Rago 1985).

pregados” (de todas as idades) enquanto recomendavam aos seus próprios filhos recusar trabalho que não tivesse “salário digno”. Ocupar empregos “menores”, temporários, em baixa da escala de prestígio não era prática adequada à categoria “jovens”; era “adequada”, antes, aos membros de determinada classe.

Não há como esquecer que, no Brasil, por causa das influências de uma tradição ibérica, exacerbada por séculos da ordem escravocrata, o trabalho - e, em particular, o trabalho manual - é considerado aviltante. Na utopia de uma República de Doutores, ser trabalhador equivalia a ser excluído. Tão logo o plebeu conseguiu se erguer na escala sócio-econômica, alugava um escravo para trabalhar no seu lugar ou construía uma casinha onde pudesse ter inquilinos. Assim, tornava-se “capitalista”, vivendo de suas rendas. Hoje em dia, as coisas estão diferentes. A ética de trabalho chegou na burguesia: os herdeiros de grandes fortunas insistem que “trabalham feito cão” para merecer sua prosperidade - (ver Salvatori 1996). Mas, esses protestos vêm acompanhado de outros igualmente veementes *que suas crianças não trabalhem*. Mantem-se a idéia negativa do trabalho, só que, agora, o alvo a proteger desloca-se do próprio adulto para a criança.

Durante muito tempo, as “novas” sensibilidades ligadas à infância eram exercidas apenas em relação aos filhos da família. Quem sabe, entre as camadas dominantes, uma visão particular do mundo colocava os pobres numa categoria a parte - onde as etapas da vida eram irrelevantes. Só recentemente, começa-se a lembrar que a pequena criada, além de ser serviçal e pobre, é criança. Se, antes, uma espécie de racismo velado tinha justificado o tratamento desigual, agora pobres *enquanto crianças* passam a integrar-se na categoria universal “humana”. Reconhece-se certas necessidades mínimas para todos os jovens, e a falta dessas “condições mínimas” torna-se intolerável⁶¹. Mas essa inclusão de um novo grupo no horizonte humanitário não deixa de engendrar novos paradoxos: por exemplo, quando a criança (ou adolescente) faz 18 anos e muda subitamente de *status*. (De criança “em perigo” merecendo atenções especiais, passa a ser considerado um adulto “perigoso” contra o qual é preciso se proteger.) Ou quando é preciso achar um culpado pela situação intolerável em que tantas crianças se encontram atualmente. Aí, o sacrifício que se oferece para expiar nossa má consciência aparece na figura *dos pais desnaturados*⁶². A noção de “criança rei”, irrealizável em tantos contextos, engendra seu oposto - a noção da criança mártirizada - e, com esta, um novo bode expiatório: os pais algozes.

Rosemberg, comentando o uso mediático de cifras inflacionadas sobre “meninos de rua”⁶³, mostra claramente como uma certa histeria ligada à idéia da criança pobre faz tudo *menos* ajudar a remediar a situação:

“(...E)ste esforço de sensibilizar a opinião pública quanto à violência a que são expostas crianças e adolescentes principalmente dos países subdesenvolvidos, gerou uma retórica específica que vem percorrendo o mundo, e que, no seu esforço de convencimento, muitas vezes incorpora diagnósticos catastróficos, inverossímeis, distantes da realidade, estigmatizadores de famílias, crianças e adolescentes pobres, e inadequados enquanto balizas para a ação.” 1993: 71.

Começamos, portanto, a suspeitar que a grande preocupação demonstrada globalmente pelo valor “criança” não é sempre ligada a observações objetivas, avaliações corretas da realidade, ou campanhas eficazes que revertem em qualquer benefício real das crianças ou suas famílias. Muito pelo contrário, parece existir, em certas situações, uma razão inversa entre o volume de retórica e a eficácia das políticas⁶⁴.

Nesses últimos dias, vimos retratados no jornal, casos quase diários de nenês achados no lixo⁶⁵. É impossível não ser chocado por essas imagens. A sociedade que não se indigna com o sofrimento de seres indefesos é uma sociedade morta. Jamais poderemos, sob qualquer pretexto, tolerar a indiferença frente a tais fatos. No entanto, a grande pergunta é: o que vem depois desse *choque* que vende tantos jornais? Como elaboramos o sentimento de indignação? Reafirmando nossa superioridade em relação aos pobres? Recorrendo a modelos já desgastados de explicação, - aqueles dogmas levantados no início da minha fala...remetendo as atrocidades à desestruturação da família? ou, pior, à “falta de sensibilidades maternas e paternas nas classes populares?” Ou então, vamos simplesmente tirar essas crianças dos seus pais “indignos” e distribuí-las entre os casais europeus e americanos procurando filhos adotivos... É claro que, ao citar, esses exemplos de “abandono da razão”, estou sendo irônica - mas pergunto-me se a “opinião pública” não cai facilmente nesses lugares comuns.

Enquanto pesquisadora, tenho observado determinadas dinâmicas familiares em grupos populares do Brasil - com valores ligados à criança que não são idênticos aos conhecidos às camadas abastadas⁶⁶. Entre outras práticas, vem à tona a “circulação de crianças”, prática histórica segundo a qual os jovens gaúchos das camadas populares transitam entre as casas de diversas “mães”: genetriz, madrinha, avó ou mãe de criação. Na maioria de casos observados, essa prática não é vista pelos pais biológicos como “abandono” e não é vivida como tal pelas próprias crianças. De forma

⁶¹ Conforme uma análise foucaultiana, essas sensibilidades vêm ao encontro do interesse crescente em “normalizar” o comportamento dos grupos populares, de prevenir ameaças à ordem pública pela maior integração de jovens cidadãos (Donzelot 1978).

⁶² Agradeço a Andrea Cardarelo (1996) e Fernanda Bittencourt Ribeiro (1996) que, através de suas pesquisas, em muito alimentaram essa perspectiva.

⁶³ Trata-se, por sinal, de cifras abraçadas e repetidas por órgãos nacionais (FEBEM) e internacionais (UNICEF).

⁶⁴ Para outros casos onde, em nome de direitos humanos, houve perdas para determinados grupos ver Ramos 1991 e Scott 1996.

⁶⁵ O que parece como uma verdadeira epidemia suscita perguntas sobre o papel da imprensa nesse processo: se influencia o comportamento ou se cria assuntos pelo por causa de seu impacto mediático.

⁶⁶ Ver Fonseca 1995.

mais significativa, mesmo quando passa boa parte de sua infância numa família substituta, o jovem não perde os vínculos com a família de origem e, frequentemente, depois de crescer, volta a integrar sua rede consanguínea.

Nos moldes descritos aqui, essa prática não tem nada a ver com os casos deploráveis de nenês “jogados no lixo”. No entanto, quando confrontada a uma criança pobre morando com a avó ou madrastra, uma professora ou assistente social lembra o quê? Associa esta situação a uma forma familiar conhecida a gerações de grupos populares?... ou ao “abandono” de crianças denunciado diariamente nos jornais do país?

O nenê no lixo constitui, sem dúvida, o estereótipo que resta na imaginação de muita gente quando pensa na criança da família pobre. É uma imagem que fixa em vivas cores a culpa de tudo. É um elemento indispensável do nosso sistema lógico, engendrado por polaridades extremadas: por um lado a criança - típica das classes médias - depositário dos fantasmas adultos, criança congelada numa etapa interminável de juventude despreocupada; por outro lado, a criança pobre, anti-norma que joga convenientemente a culpa nos seus pais, adultos algozes.

VI. Uma diferença que incomoda

A idéia da diferença cria, compreensivelmente, problemas - mais ainda quando é ligada, como na sociedade de classes, à desigualdade e injustiça. Seria muito conveniente poder dizer que, no fundo, não há nenhuma diferença no sentimento de pais para com seus filhos onde quer que estejamos. Não teríamos que considerar a possibilidade de valores diferentes dos nossos. Poderíamos nos tranquilizar com a validade universal de nosso próprio mundo simbólico. Entretanto a antropologia dos últimos anos tem martelado no fato de que um valor deve ser visto como produto de seu contexto. O teor preciso das sensibilidades familiares ou da noção de infância é produzido por circunstâncias históricas específicas. É bem possível que o sitiante paulistano pensa seus filhos de uma maneira, o sapateiro gaúcho de outra, e o professor universitário carioca de outra maneira ainda. Da parte do pesquisador, esse reconhecimento da diferença *não* implica - como querem certos críticos do relativismo - numa omissão moral⁶⁷. Procurar compreender a lógica subjacente a determinada prática social não equivale aprovar, nem advogar a manutenção desta prática. É aceitar o princípio básico do diálogo - a dúvida de que seus interlocutores tenham algo a dizer que vale a pena escutar.

No plano institucional, seria inadmissível trabalhar com ideais diferentes para diferentes grupos. Pode ser que, em certas lógicas locais, faz mais sentido um menino de 12 anos estar juntando garrafa velha do que estudar; é possível que, na ótica de muitos brasileiros, a responsabilidade adulta começa já com 15 ou 16 anos. Entretanto, as leis são para *todos* os cidadãos; para escolarização obrigatória e imputabilidade penal, devem ditar *um* limite de idade - o mesmo para todos os brasileiros. Qualquer alternativa significaria abrir mão do princípio básico de cidadania moderna e a aceitação de um *status quo* devastador. A definição dos limites assim como as formas de implementação da lei são, entretanto, espaços onde as diferenças hão de ser negociadas.

A tensão entre o ideal igualitário e a realidade da diferença perpassa a nossa análise, como perpassa a sociedade em que vivemos. Entre a arrogância totalitária (que desqualifica tudo que é diferente) e a complacência paternalista (que aceita a diferença como parte da ordem natural), percorremos um caminho difícil a procura da justiça social. Não existe uma resolução tranquila. No entanto, parece-nos que existem princípios metodológicos para melhor lidar com a situação. Em primeiro lugar, definir e entender as diferenças. Conhecer “outras” lógicas é certamente um dos grandes desafios de comunicação na sociedade atual. (Imagens chocantes que, com facilidade desconcertante, transformam-se em estereótipos negativos criam um curto circuito nesse processo.) Em segundo lugar, situar *nossa* lógica como uma entre outras. Reconhecer a “historicidade” de nossas próprias percepções sobre trabalho, lazer, infância, família e, por conseguinte, aceitar questioná-las são pistas que nos abrem para o diálogo. Em terceiro lugar, entender as diferentes percepções como partes interrelacionadas de uma mesma configuração cultural. A “criança absoluta” da família burguesa alimenta a “criança cidadã” dos legisladores, que, por sua vez, firma-se em oposição à noção da “criança abandonada” da família pobre. Fechando o círculo, a miséria de milhões de crianças atinge as sensibilidades dos grupos abastados, levando esses a promover, mais do que nunca, a “criança absoluta” dentro de suas próprias famílias. Cada termo só pode ser plenamente compreendido quando visto contra o pano de fundo do todo. É de esperar-se que, com esse roteiro, nossos conceitos - descolonizados e recolocados em contexto - podem contribuir para a análise social e - eventualmente - para a formulação de políticas que respondam às necessidades da justiça social na complexa realidade brasileira.

Referencias bibliográficas

- Abreu Filho, Ovídio de. 1982. “Parentesco e identidade social”. Anuário Antropológico 80: 95-118.
- Alves de Souza, Guaraci Adeodato. 1996. Sucessão de gerações na Bahia: reencontro de uma totalidade esquecida. Tese de Doutorado, Ciências Sociais, UNICAMP, 30 de agosto.
- Aries, Philippe. 1981. História social da criança e da família. SP: Zahar.

⁶⁷ Ver Geertz 1988.

- Attias-Donfut, Claudine. «En France: Corésidence et transmission patrimoniale». In *La famille en Europe: parenté et perpétuation familiale* (Marianne Gullestad et Martine Segalen, orgs.). Editions: La Découverte
- Best, Joel. 1990. *Threatened children: rhetoric and concern about child-victims*. Chicago: Chicago University Press.
- Bourdieu, Pierre. 1989. *O poder simbólico*. Lisboa: Memória e sociedade.
- Bourdieu, Pierre. 1990. In *other words: essays towards a reflexive sociology*. Stanford: Stanford University Press.
- Cadoret, Anne. 1995. *Parenté plurielle : anthropologie du placement familial*. Paris: Harmattan.
- Calligaris, Contardo. 1991. *Hello Brasil*. Editora Escuta.
- Canevacci, Massimo (org.). 1981. *Dialética da família*. São Paulo: Brasiliense.
- Cardarello, Andrea Llamas. 1996. *Implantando o Estatuto: um estudo sobre a criação de um sistema próximo ao familiar para crianças institucionalizadas na FEBEM-RS*. Tese defendida no PPG de Antropologia, UFRGS.
- Collier, Michelle Z. Rosaldo e Sylvia Yanagisako. 1992. "Is there a family: new anthropological views." In *Rethinking the family: some feminist questions* (Barrie Thorn e Marilyn Yalom, orgs.). Boston: Northeastern Univ. Press.
- Collins, Patricia Hill. 1992. "Black women and motherhood". *Rethinking the family: some feminist questions* (Barrie Thorn e Marilyn Yalom, orgs.). Boston: Northeastern Univ. Press.
- Correa, Mariza. 1982. "Repensando a família patriarcal brasileira". In *Colcha de retalhos: estudos sobre a família no Brasil*. São Paulo: Brasiliense.
- Craidy, Carmem Maria, 1996. *O analfabetismo do menino de rua como produção simbólica da exclusão*. FAGED, UFRGS
- Da Matta, Roberto. 1987. "A família como valor: considerações não-familiares sobre a família à brasileira." In *Repensando a família brasileira* (Almeida, Angela Mendes et al.). Rio de Janeiro: Espaço e Tempo.
- Da Matta, Roberto. 1985. *A casa e a rua: espaço e cidadania, mulher e morte no Brasil*. São Paulo: Brasiliense.
- Donzelot, Jacques. 1978. *La police des familles*. Paris: Editions de Minuit.
- Duarte, L.F.D., 1994. "Horizontes do indivíduo e da ética no crepúsculo da família". In *Família e Sociedade Brasileira: Desafios nos Processos Contemporâneos*, (Ivete Ribeiro, org.). Rio de Janeiro: Fundação João XXIII.
- Fausto, Ayrton e Ruben CERVINI (org.). 1991. *O trabalho e a rua: crianças e adolescentes no Brasil urbano dos anos 80*. São Paul: Cortez Editora/UNICEF/FLACSO.
- Fernandes, Rubem César. 1994. *Privado porém público: o terceiro setor na América Latina*. Rio de Janeiro: Relumê Dumará.
- Fonseca, C. 1995. *Caminhos da adoção*. São Paulo: Cortez.
- Fonseca, Claudia. 1987. "Aliados e inimigos em família : o conflito entre consanguíneos e afins em uma vila portalegrense". *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, no 4, vol.2 : 88 -104.
- Foucault, Michel. 1977. *Histoire de la sexualité: I. La volonté de savoir*. Paris: Gallimard.
- Freyre, Gilberto. 1978. *Casa grande e senzala: formação da família brasileira sob o regime da economia patriarcal*. Rio de Janeiro: José Olympio. (Introdução à terceira edição)
- Gaunt, David. 1995. "Esprit de clan dans les villes suédoises". In *La famille en Europe: parenté et perpétuation familiale* (Marianne Gullestad et Martine Segalen, orgs.). Editions: La Découverte.
- Geertz, Clifford. 1988. "Anti-anti-relativismo". *Revista brasileira de ciências sociais* 8: 5-19.
- Halvorsen, Rune S. e Annick Prieur. 1996. "Le droit à l'indifférence: le mariage homosexuel". *Actes de la Recherche* 113: 6-15.
- Lallemand, Suzanne. 1993. *La circulation des enfants en société traditionnelle. Prêt, don, échange*. Paris: Editions Harmattan.
- Lebras, Hervé. 1995. "La fécondité, condition de la perpétuation: évolutions divergentes en Europe". In *La famille en Europe: parenté et perpétuation familiale* (Marianne Gullestad et Martine Segalen, orgs.). Editions: La Découverte.
- Leczniezki, Lisiane, 1992. *Pequenos homens grandes: guris de rua em Porto Alegre*. PPG Antropologia Social- UFRGS.
- Legall, Didier e Claude Martin. 1995. "Construire un nouveau lien familial: beaux-parents et beaux-grands-parents". *La famille en Europe: parenté et perpétuation familiale* (Marianne Gullestad et Martine Segalen, orgs.). Editions: La Découverte.
- Levy-Strauss, Claude. 1956. "A família". In *Homem, sociedade e cultura* (R. Linton, org.). São Paulo: Editora Cultrix.
- Lewin, Linda. 1987. *Politics and Parentela in Paraíba: a case study of family-based oligarchy in Brazil*. Princeton: Princeton University Press.
- Macfarlane, Alan. 1986. *História do casamento e do amor: Inglaterra, 1300-1840*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Parsons, Talcott and Robert F. Bales. 1955. "The American Family" in *Family, socialization and the interaction process* (Parson and Bales, coord.)
- Parsons, Talcott. 1949. "El sistema actual de parentesco en los Estados Unidos de Noreteamérica". In *Ensayos de teoría sociológica*. Buenos Aires: Paydos.
- Rago, Margareth. 1985. *Do cabare ao lar: a utopia da cidade disciplinar Brasil 1890-1930*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- Pinheiro, Angela. 1997. "Infância e cidadania - relação real ou imaginária". Trabalho apresentado no GT (Des)Caminhos dea Infância na Contemporaneidade Brasileira, V Encontro Norte-Nordeste da ABA, Recife, maio 1997.
- Ramos, Alcida, 1991, "A hall of mirrors". *Critique of Anthropology* 11(2): 155-169, p.10.
- Rapp, Rayna. 1991. "Family and class en contemporary America: notes toward an understanding of ideology". In *Family, household, and gender relations in Latin America*. (Elizabeth Jelin, Org.) Kegan Paul, UNESCO.
- Ribeiro Fernanda Bittencourt. 1996. *A inserção do conselho tutelar na construção do problema social da infância e Adolescência*. Tese defendida no PPG de Sociologia, UFRGS.
- Rosemberg, Fúlvia. 1993. "O discurso sobre criança de rua na década de 80". *Cadernos de Pesquisa* 87: 71-81.
- Ruddick, Sara. 1992. "Thinking about fathers." *Rethinking the family: some feminist questions* (Barrie Thorn e Marilyn Yalom, orgs.). Boston: Northeastern Univ. Press.

- Salem, Tania. 1980. O velho e o novo: um estudo de papéis e conflitos familiares. Petrópolis: Vozes.
- Salem, Tania. 1989. "O casal igualitário: princípios e impasses". *Revista Brasileira de Ciências Sociais* 9(3): 24-37.
- Salvatori, Elena. 1996. "Nem Tudo que Reluz é Ouro". *Estilo de Vida e Sociabilidade na Construção de um espaço urbano de prestígio em Proto Alegre/RS*. Tese de Mestrado PPGAS-UFRGS.
- Santos, Benedito Rodrigues dos. 1996. A emergência da concepção moderna de infância e adolescência = mapeamento, documentação e reflexão sobre as principais teorias. Tese de Doutorado em Antropology, PPG Antropologia PUC-SP.
- Schultheis, Franz. 1995. "Le maillon manquant: mémoire et identité familiales en Allemagne." In *La famille en Europe: parenté et perpétuation familiale* (Marianne Gullestad et Martine Segalen, orgs.). Editions: La Découverte.
- Scott, Joan W. 1996. *La citoyenne paradoxale: les féministes françaises et les droits de l'homme*. Paris: Albin Michel.
- Segalen, Martine. 1995. «Introduction». In *La famille en Europe: parenté et perpétuation familiale* (Marianne Gullestad et Martine Segalen, orgs.). Editions: La Découverte
- Segalen, M. e Françoise Zonabend. 1986. "Familles en France". In *Histoire de la famille, vol.3: Le choc des modernités*. Paris: Armand Colin.
- Segalen, Martine. *Mari et femme dans la société paysanne*. Paris; Payot.
- Shneider, David. 1992 (1984). A critique of the study of kinship. *Ann Arbor: Univ. of Michigal Press*. 95-201.
- Stacey, Judith. 1992. "Backward toward the postmodern family: reflections on gender, kinship, and class in the Silicon Valley." *Rethinking the family: some feminist questions* (Barrie Thorn e Marilyn Yalom, orgs.). Boston: Northeastern Univ. Press.
- Strathern, Marilyn. 1992. "Enterprising kinship? consumer choice and the new reproductive technologies. IN *Reproducing the future: anthropology, kinship and the new reproductive technologies*. New York: Routledge.
- Valladares, Lícia e Impelizeri, Flávia. 1992. *Ação invisível*. io de Janeiro: IUPERJ.
- Víctora, Ceres B. 1995. "As imagens do corpo: representações do aparelho reprodutor feminino e reapropriações dos modelos médicos." In *Corpo e significado*. Porto Alegre: Editora da Universidade/UFRGS.